

Los pimientos mágicos

En Santiuste de Pedraza había una casa muy grande rodeada de una tapia altísima en la que vivía el señor Smith, al que todos llamaban “el largo” por su estatura y por el sombrero de copa que siempre llevaba puesto.

Se contaba en el pueblo que Smith había venido de América y había traído con él las semillas de un fruto desconocido. Pero la novedad no tuvo éxito y “el largo” se había encerrado en su casa enfadado con sus vecinos por no saber apreciar ese gran tesoro culinario.

Justo al lado de la tapia había una casita en la que vivía la familia de Manuela que había llegado al pueblo ese mismo año desde Melilla para trabajar como guardeses. Durante el duro invierno casero Manuela añoró el color y el sabor de los platos típicos de su tierra y cuando llegó la primavera pasó de ser una desco-

nocida a ser la alegría de las calles de la villa. Los tenderos del mercado no paraban de ofrecerle su mercancía con tal de disfrutar de su alegría y su acento característico.

Una tarde un aroma muy familiar se coló en la nariz de la niña que sin pensarlo arrimó el banco a la tapia y saltó a la huerta. Entonces una gran sonrisa llenó su cara borrándose instantáneamente al oír una voz muy grave detrás de ella:

-¿Quién eres tú? ¿Cómo te atreves?

-Soy Manuela, disculpe si le he molestado, han sido sus pimentitos de colores no he podido evitar arrimarme... ¿me daría alguno para un gazpasito?... luego le doy una tasita



El señor Smith se quedó de una pieza al por fin alguien apreciaba sus pimientos! En un instante se le cambió el gesto y su nueva expresión devolvió a Manuela una sonrisa radiante.

...colorín colorado

